

# Siglo XX

*Siglo XX pretende rescatar textos que nos parecen valiosos y que pertenecen a un pasado no tan lejano. Porque muchas cosas ya han sido dichas y volver la mirada hacia ellas es una manera de reconocer su actualidad y homenajear a sus creadores, intelectuales inconformistas con su tiempo, que supieron mirar más allá de las caducas ideas del momento.*

## Mi encuentro con la literatura infantil

Cuando uno viene con una conferencia hecha, como es mi caso (que es un poco como torear con el pase hecho), y actúa en segundo lugar, se puede encontrar con la sorpresa de que parte de su faena ha sido ya hecha por el anterior torero. Esto es un poco lo que me pasa a mí. De todas maneras, voy a leer la conferencia.

Señoras y señores:

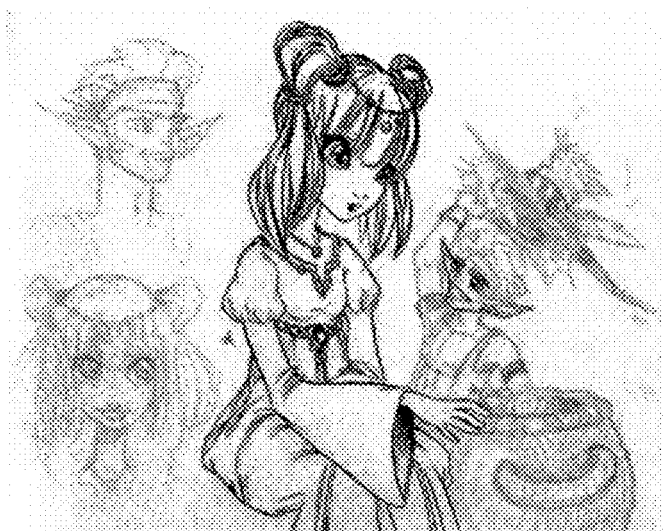
Cuando solicitaron mi participación en este encuentro tuve una reacción contradictoria. De una parte, me sentí muy atraído por el mismo, ya que como escritor estoy especial e interesadamente motivado por todo lo que pueda fomentar los más bien parcos hábitos de lectura de los españoles. Pero, de otra, experimenté un cierto desasosiego ante la invitación, ya que en una reunión de expertos como la presente, es bien poco lo que yo puedo decir. De ahí que si bien ofreciese mi colaboración de acuerdo con el interés al que he hecho referencia, limitase ésta al único terreno en el que puedo moverme con cierta seguridad: el de mi propia experiencia.

Y esta experiencia, en el campo de la llamada literatura o narrativa infantil y juvenil, tiene una doble vertiente. Una pasiva, de receptor o consumidor; y otra activa, de teórico y creador de esta clase de literatura. Voy pues a referirme a mis experiencias personales en este doble campo, haciendo de paso algunas breves consideraciones surgidas al hilo de las mismas.

Como es lógico, mi primera experiencia fue la de lector. Pero digo mal. No fue como lector como tuvo lugar mi primer encuentro con la narrativa infantil, sino como oyente. Porque este encuentro ocurrió antes de que yo aprendiera a leer y se realizó a través de los cuentos que me contaba mi madre.

Eran estos cuentos, en su mayoría, cuentos de encantamiento, que mi propia madre, cuando a su vez era una niña, había recibido de otras narradoras adultas de su círculo familiar, quienes a su vez los habían aprendido de la misma manera. Cuentos de transmisión oral que muchos años después habría de encontrar en la recopilación que Aurelio Espinosa realizó de los Cuentos Populares Españoles y a los que yo mismo daría forma teatralizada en unas grabaciones que realicé para el Ministerio de Educación y Ciencia.

Y es aquí donde surgen las primeras consideraciones marginales, consideraciones que yo ofrezco a la atención de los oyentes. Yo –un niño de antes de la guerra– tomo mi primer contacto con la narrativa infantil no a través de un libro, sino mediante el relato oral. Sin embargo, van a ser estos relatos orales los que, posteriormente, cuando ya tenga la técnica de la lectura, me impulsarán a leer, me impulsarán a bus-



Fel Serrano

car cuentos, historias que me produzcan las mismas emociones que los relatos de mi madre me produjeron.

Ahora bien, esta experiencia prelectora que pone al niño en contacto con la narrativa y que, posteriormente, le motivará a la lectura, se ha perdido casi completamente en la sociedad urbana actual. Pocas son las madres que saben los antiguos y hermosos cuentos populares de encantamiento, y menos aún las que tienen tiempo y gana de narrarlos. Pero ¿significa este hecho que el niño actual tenga que esperar a la hora de poder leer un texto para entrar en contacto con la narrativa?

Evidentemente, la respuesta es que no. Es más, pienso que al niño actual se le cuentan muchos más cuentos que al niño de antes. Lo que ocurre es que son otros los narradores de historias. Dejemos a un lado los discos con que, a veces, la madre obsequia al hijo para que le cuenten esos cuentos que ella ya no sabe ni quiere contar. Dejemos también esos libros de texto o con un texto mínimo en los que el pequeño puede seguir una historia narrada a través del dibujo. Detengámonos en el supremo narrador de historias de nuestros días: el televisor.

Una hija mía, con una enfermedad congénita, pasó los seis primeros meses de su vida en uno de nuestros grandes centros hospitalarios. Al fin, un día, pudimos llevarla a casa, con nosotros. La niña, que no había tenido otro contacto con sus padres que el de contemplarlos a través de un cristal, se sentía extraña en su nueva situación. La habíamos colocado en el salón, en una gran cuna, pero ella estaba inquieta. De pronto, encendimos el televisor. Pasaban un corto de dibujos animados. Pues bien, la niña se incorporó en su cuna y se quedó fija, como hipnotizada, mirando la pantalla. Esta fue como su entrada al hogar, su paso de la anormalidad del hospital a la normal vida cotidiana.

Porque para los niños normales, las imágenes de televisión forman parte integrante de su vida cotidiana. Ellos, ciertamente, no sufren ese choque que experimentó mi hija, ya que las imágenes del televisor no les surgen de golpe, cuando ya dominan sus percepciones, sino que se les van incorporando paulatinamente al par que desarrollan su propio sistema perceptivo. Y yo me pregunto cómo, durante el desarrollo paulatino de ese sistema, perciben la realidad real –valga la redun-

dancia– frente a esa otra realidad de la pantalla. ¿Son capaces de diferenciarlas? ¿Colocan en un mismo plano a los personajes reales que surgen en el televisor y a esos dibujos que también se mueven y hablan? Lo cierto es, que desde que entran en el mundo, el televisor está ahí, junto a ellos, y que este televisor será su primero, y a veces único, proveedor de historias.

Así que, lo mismo que yo cuando era niño, los niños de ahora reciben sus primeras historias a través de un medio distinto del libro y la lectura. Pero si en mi caso la narración oral fue una motivación para que posteriormente buscara libros que me contasen historias parecidas a las que contaba mi madre, ¿ocurre lo mismo con la televisión? Creo que este es un tema digno de un coloquio, y yo no hago más que proponerlo a la atención de mis oyentes. Sin embargo, quisiera hacer dos puntualizaciones que creo que pueden servir para que nos orientemos en el tema propuesto.

En primer lugar, mientras en el relato oral y el escrito se basan exclusivamente en la palabra, es decir, emplean un idéntico vehículo narrativo, la historia televisiva se cuenta primordialmente a través de la imagen. En segundo lugar, la narradora, en el caso del relato

oral, no está al servicio del niño. Cuenta sus cuentos sólo cuando lo desea ella y en un momento determinado, cuando el niño alcanza una determinada edad, deja de contárselos. En cambio, el niño domina al televisor, que siempre se encuentra a su disposición y que no dejará de contarle historias.

Bien, hecha esta primera consideración marginal, continúo con mi experiencia biográfica de receptor de literatura infantil.

Aprendí a leer y entonces comenzó mi periodo, ya ininterrumpido, de devorador de historias. Las primeras que leí fueron cuentos similares a los que me contaba mi madre, acompañados de dibujos a media o a toda plana, que la verdad me gustaban mucho menos de los que ella contaba; y es que, por lo general, son

mucho peores y estaban peor narrados. Tan sólo cuando tenía nueve años, volví a entusiasarme con una historia tanto como me entusiasmé cuando mi madre me contó el *Rey Lagarto* o *El Castillo de Irás* y *no Volverás*. Fue en una edición de *Las mil y una noches* descubierta en casa de mis abuelos. Aquí viene otra consideración original. El primer libro que realmente me entusiasmó entre los que leí, no era un

---

*"Yo –un niño de antes de la guerra– tomo mi primer contacto con la narrativa infantil no a través de un libro, sino mediante el relato oral"*

---

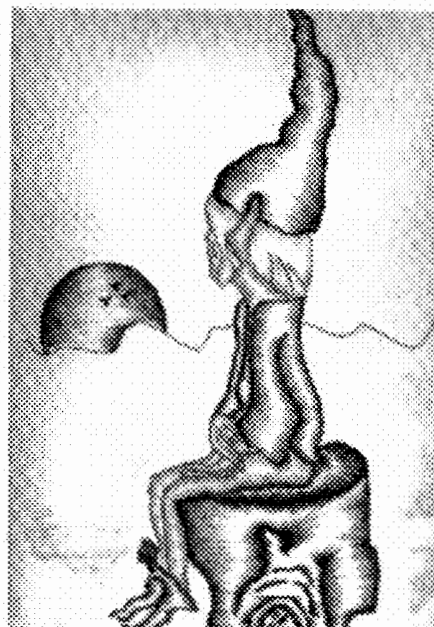


libro para niños. Su letra era normal, no había apenas ilustraciones y aunque expurgado de todo el erotismo que contienen las traducciones de las *Noches* posteriores a la de Galland, sobre todo a partir de la de Burton, era el libro que estaba en una biblioteca de adultos y que leían adultos. Claro está que había historias en que predominaba lo doloroso sobre lo fantástico, que no me gustaban. No había problema: Cuando empezaban a aburrirme pasaba a la siguiente. A partir de los diez años empecé a leer libros de aventuras, en su versión más popular. Cuadernillos con las aventuras de Buffalo Bill, de Dick Turpin; una serie de novelas que se llamaban *Hombres Audaces*, y que me ofrecieron dos de mis héroes predilectos: Doc Savage y La Sombra, así como tebeos de Jorge y Fernando, Juan Centella y Roberto Alcázar. En otras palabras, pasé a nutrirme de lo que los profesores denominan infraliteratura, y la mayoría de los pedagogos desaconsejan como lectura infantil. Pues bien aquí viene otra consideración marginal: debo confesar que no sólo no me arrepiento de esas lecturas, sino que las considero muy saludables. Y ello por una sencilla razón: me divertían y, como me divertían, fomentaban mi afición a leer. Mucho me temo que una lectura más dirigida, más pedagógica, hubiera conseguido el efecto contrario.

Andaba por segundo o tercero del bachiller de entonces cuando tuvo lugar un hecho fundamental en mi vida. Descubrí la existencia de una Biblioteca Pública que prestaba libros, que permitía llevarse hasta tres libros para que, durante quince días, uno pudiera leerlos tranquilamente en su casa.

En el colegio había una biblioteca, pero los libros que prestaban no despertaban nuestro entusiasmo. Eran libros de los llamados educativos. Los más solicitados eran los de la colección Araluce, que pretendían poner las grandes obras de la literatura universal al alcance de los niños. Por lo que recuerdo, era una colección bastante digna pero, salvo los tomos dedicados a los dos poemas homéricos y a los nibelungos, no producían, repito, ni poco ni mucho entusiasmo entre los lectores, por lo que tras leer los tres o cuatro libros potables, pasábamos de la biblioteca del colegio, cosa por otra parte bastante corriente en aquellos tiempos, y me temo que también en los de ahora.

Pero la Biblioteca Pública era otra cosa. Allí no había que ceñirse a los libros formativos, sino a los que le apetecieran a uno. Y a mí me apetecían, en primer lugar, aquellas historias que sospechaba me iban a divertir, porque ya me habían divertido en sus ver-



siones cinematográficas. Así es como empecé con las novelas de Tarzán y las de Salgari y pude comprobar, jubiloso, que en los libros aquellas aventuras me divertían aún más que en la pantalla.

Después ya todo fue coser y cantar. Fui leyendo toda esa narrativa de acción que nos permitía soñar despierto, y en la que se mezclan nombres que figuran en las Historias de la Literatura, como Stevenson, con otros que nunca figurarán, como Karl May. Por cierto que, al llegar a quinto de bachiller, comencé a estudiar esa Historia de la Literatura. Y debo confesar que aquel estudio, también me resultó útil.

Los modernos docentes suelen poner a parir la didáctica de la Literatura del Plan que yo estudié. Pues bien, frente a ellos, yo sostengo que esa didáctica

resultaba bastante menos dañina que la de hoy en uso. Es cierto que era absurdamente memorística y que se limitaba a una serie de biografías y un listado de obras. Pero como muchas de aquellas obras venían acompañadas por un resumen de su tema y argumento, a mí me daban pistas de lecturas.

Y así, y a través de las pistas, y merced a la maravillosa Biblioteca Pública, es como conocí a De Foe y a Scott y algunas tragedias de Shakespeare que yo leía como si fueran novelas de aventuras, y algo más tarde, algunas cosas de Dickens, Dostoyevski y Galdós. Y sobre todo, y esto es lo más importante, no me vi obligado a leer, tal como ocurre con la moderna didáctica, *El libro del buen amor*, o *El Poema del Cid*, o *La Celestina* ni a realizar posteriormente un

---

*"Andaba por segundo o tercero del bachiller de entonces cuando tuvo lugar un hecho fundamental en mi vida. Descubrí la existencia de una Biblioteca Pública"*

---

odioso formulario, como guinda que corona la tarta. En pocas palabras: la Historia de la Literatura que yo estudiaba podía ser inútil, pero me permitía separar la didáctica de la literatura de la lectura de la literatura, y seguir viendo a ésta, en cuanto era elegida por mí de acuerdo con mis gustos y aficiones, como algo eminentemente lúdico; mientras que con el sistema actual, al fundir la didáctica con la propia lectura, convierten a ésta en algo obligado, sin respetar el gusto ni la libertad del lector; sustituyen el jovial rostro del acto de leer por la odiosa carátula científico-pedagógica, sin otro fruto que el de despertar un odio generalmente ya incurable por cualquier forma de manifestación literaria.

Bien, tras esta última anotación creo que puedo dar por concluida la etapa pasiva de mi encuentro con la literatura infantil, que como se habrá podido observar, no es muy diferente de mi encuentro con la literatura sin adjetivos. Podría destacar, como resumen de este encuentro, los siguientes puntos:

- La existencia de una narrativa no impresa que no sólo no interrumpe, sino que favorece, la etapa lectora, y en la que destaco en primer lugar la narración oral y en segundo lugar la narración cinematográfica.

- La importancia que tiene para mi formación de lector una biblioteca pública que facilite el préstamo a domicilio. Si para leer hubiera tenido que permanecer en la biblioteca, yo hubiera leído mucho menos o casi nada.

En primer lugar, por falta de tiempo, ya que resultaban incompatibles los horarios de la biblioteca y los de clase; y en segundo lugar, porque aunque hubiera tenido tiempo, no hubiera sentido esa sensación de libertad que da el tener el libro sin nadie que le vigile a uno, a su plena disposición y en condiciones de leerlo donde, como y cuando quisiera.

Pasemos ya al segundo punto. Mi encuentro activo con la literatura infantil como autor más o menos relacionado con la misma.

Yo, como muchos otros, había comenzado a leer de niño. Y en cuanto que era un niño y ejercía una lectura de acuerdo con mis gustos e intereses, me había encontrado con una literatura que, desde este punto de vista, podíamos denominar infantil y poste-

riormente juvenil. Más tarde, cuando ya no tenía esa condición de niño o joven, leía simplemente literatura sin adjetivos. Aunque bien mirado, la distinción no resulta demasiado clara, porque en la época en que leía *La Isla de Coral* leía al mismo tiempo *Macbeth* y ahora mismo, que estoy releendo *La Divina Comedia* releo también a la par *El cazador de ciervos*. Pero el hecho es que a través de las lecturas que comencé de niño, me apasioné de una manera paulatina por la literatura y que este apasionamiento me llevó a escribir.

Por supuesto que cuando empecé a escribir yo era adulto y escribía para adultos. Siendo, pues, ya un escritor de adultos, un día la lectura de un libro de un sociólogo, Riesman, me llevó a plantearme la interrelación entre las estructuras sociales y las diversas formas de expresión literaria. Pero en vez de partir para mi análisis de lo que se denomina tradicionalmente literatura para adultos, lo hice de esas lecturas —o relatos orales— que en la actualidad se encuadran más bien dentro de ese subgénero que se

llama literatura infantil y juvenil.

Dejando aparte otros temas que no hacen al caso, en ese breve ensayo que titulé *Narrativa infantil y cambio social* cuestionaba dos conceptos que sí son pertinentes en este encuentro: el de la existencia de una literatura infantil, y el de la existencia del niño como un ente específico y uniforme.

Cuestionaba la existencia de la literatura infantil ya que una gran parte de los relatos que leen los niños y que se consideran tradicionalmente lecturas infantiles, de esos relatos que yo había ido descubriendo de acuerdo con mis gustos y

apetencias no dirigidas ni constreñidas, no habían sido, en su origen, literatura infantil, sino literatura destinada a un público de adultos. Desde los cuentos de encantamiento al Robinson Crusoe; desde los *Viajes de Gulliver* a los comics, pasando por Tarzán y las novelas de Salgari, ninguno de esos libros con los que yo me había tropezado en mi niñez, habían nacido con el exclusivo propósito de constituirse en lecturas infantiles y juveniles. La inmensa mayoría de esos libros o de esas historias habían nacido por y para los adultos. Y si ahora los consideramos literatura infantil o juvenil era porque, en un acto libre y voluntario, los niños y los jóvenes habían tomado posesión de esos territorios.



*"(...) ninguno de esos libros con los que yo me había tropezado en mi niñez, habían nacido con el exclusivo propósito de constituirse en lecturas infantiles y juveniles"*

Y cuestionaba en segundo lugar el propio concepto de infantil o juvenil aplicado al hipotético destinatario de esa literatura. Porque dejando aparte la imprecisión del límite que separa al niño del joven y a éste del adulto, cuando hablamos del niño lector, ¿a quién nos estamos refiriendo?

¿Será por ventura a ese ser analfabeto y embrutecido, aterrorizado por las palizas de los mayores, a quien únicamente se le considera por las posibilidades que tiene de aportar su esfuerzo en el común trabajo familiar que constituye la inmensa mayoría de la población infantil de la Europa feudal hasta bien entrado el siglo dieciocho? ¿O al pequeño esclavo que se agota en interminables jornadas laborales en las fábricas del capitalismo naciente y rampante? ¿O acaso, para no salirnos de nuestro entorno, a esas criaturas de nuestras ciudades dormitorio que pululan en torno a los automóviles con el ánimo de robar el transistor con el que puedan proporcionarse su dosis de “caballo” de cada día? No, seguro que cuando se habla

de literatura infantil, no se piensa en ninguno de esos niños. Naturalmente tampoco se piensa en la gran mayoría de los adultos cuando hablamos de literatura en general, de literatura sin adjetivo. Pero en el caso del niño, la limitación es aún mucho más drástica.

El hecho es que, a causa de ese ensayo, que por supuesto era un ensayo adulto y para adultos, yo comencé a vincularme con el mundo de la literatura infantil. Empezaron a invitarme a algunas conferencias, a algunos encuentros y simposios relacionados con el tema. Naturalmente, y dado el carácter de mi ensayo y mi procedencia de la literatura adulta, mi postura en estos encuentros era bastante radical, negando el pan y la sal a la literatura infantil, coincidiendo en esto con la postura mantenida por José María Carandell, del que en algunas ocasiones fui compañero de mesa. Particularmente recuerdo un encuentro de literatura infantil hispano-alemana organizado por el INLE (Instituto Nacional del Libro Español), en el que todos eran profesionales vinculados de una manera u otra a este invento de la literatura para niños, y donde mi ponencia resultó chirriante.

Aparte de cuestionar la existencia de la literatura infantil en el sentido que antes he señalado, y de sostener que la única literatura infantil era aquella que le gustaba al niño, atacaba a los autores específicamente infantiles no tanto por ser el invento de un nuevo

mercado, cuanto por su carácter pedagógico y doctrinario. Comenzaba mi ponencia con una cita de Madame de Genlis: “No daré a leer a mis hijos cuentos de encantadores ni aun de las *Mil y una noches* —empezaba diciendo la buena señora, para a continuación añadir—. A su edad, ni aun les conviene los cuentos que para ellos compuso Madame D’Aulnoy.

Ni siquiera hay uno cuyo asunto sea verdaderamente moral. Todo su interés lo forma el amor. Los príncipes y las princesas bellas y enamoradas son malos, porque impresionándoles

únicamente lo maravilloso, sólo conservan en la memoria el recuerdo de jardines y palacios de diamantes. Estas fantásticas imaginaciones dan falsas ideas a los niños”.

Tras esta cita pasaba a denunciar que éste había sido, desde el momento de su nacimiento hasta nuestros días, el sino de la literatura premeditadamente infantil; el de la vieja consigna de “enseñar deleitando”. Y

que no debíamos reírnos de las sandeces de Madame de Genlis, porque tan sólo pensaba lo que hoy día piensan nuestros autores; y que para su tiempo, su mensaje ilustrado era tan progresista como para el nuestro puede ser el feminista o el ecológico, por poner dos ejemplos de mensajes muy frecuen-

tes en la literatura premeditadamente infantil de nuestros días: y que no se trataba de cuestionar los contenidos de los mensajes, sino la postura misma que toma esa literatura como un vehículo de adoctrinamiento, que coacciona la libertad del niño y pretende darle medicinas bajo forma de caramelos.

Como ahora, por motivos que posteriormente expondré, estoy ya en el redil de los autores que escriben para niños con premeditación y alevosía, es posible que de realizar una ponencia sobre ese tema no tomase una posición tan extrema como la que entonces tomé. Sin embargo, debo confesar que en el fondo mi posición no ha cambiado demasiado.

Porque el quid de la cuestión es la radical diferencia entre el autor y el lector de la obra. Por supuesto que cualquier escritor puede sentirse mucho más listo, mucho más bueno, mucho más guapo que sus posibles lectores y desde esta perspectiva lanzarle sus mensajes y programas. Y por supuesto, son muchos los autores que proceden así. Bien: allá él o allá ellos. Pero el hecho es que se trata de un adulto que escribe para otros adultos, y esto les coloca en un plano de igualdad radical. En cambio, el autor que se



*“Porque dejando aparte la imprecisión del límite que separa al niño del joven y a este del adulto, cuando hablamos del niño lector, ¿a quién nos estamos refiriendo?”*

propone escribir algo para los niños, aunque sea más modesto que el mismo San Francisco de Asís, no puede modificar este hecho: que él es un adulto y su lector es un niño; que el adulto se encuentra en un plano superior al niño y que por tanto deberá adoc-trinarle, guiarle y conducirlo por el camino de la vida de su mano paternal. De ahí que la literatura infantil esté destinada a ser paternalista y doctrinaria y, por muy progresista que sea su mensaje, resultará como tal hecho literario sospechosa.

Pero, como ya anticipaba antes, hete aquí que después de haber mantenido durante años una postura militante contra la literatura infantil, me encuentro en este momento –¡venganzas de la vida!– dentro de la grey de los autores para niños. ¿Cómo ocurrió este hecho?

Ciertamente no hubo en mí ninguna conversión tipo Camino de Damasco. La cosa fue mucho más sencilla y prosaica. Un día el representante de una editorial me dijo que tenía la idea de hacer una colección de libros para niños, escritos por autores que normal y habitualmente escribían para adultos, y que había pensado en mí como en uno de esos posibles autores. Yo quedé un tanto perplejo y le repliqué que nunca se me había pasado por la cabeza escribir para niños, pero que, en fin, si se me ocurría algo se lo daría. Por entonces yo andaba con una serie de cuentos desarrollados en los años de nuestra posguerra y cuyos protagonistas eran niños. Cuentos para adultos, se entiende. Pues bien, pensé que acaso, sin apartarme del mundo que en aquel momento me interesaba, podía hacer algo apropiado para el lector infantil. Y así es como nació mi *Fosco*.

Le entregué el manuscrito al editor, firmé el contrato y cobré el anticipo. Pero como se había producido una serie de cambios en la editorial, la salida de mi libro y de la colección se retrasó. Entonces yo lo negocié con otro editor que fue quien lo sacó finalmente. Ya era un autor de literatura infantil.

Pero resulta que yo tenía un compromiso con el editor primero y un anticipo sobre una obra que él no había publicado. Así que me vi en la obligación moral de darle otra para la colección, que al final se había puesto en marcha. Y mira por donde me encontré con otro libro para niños.

A todo esto una editora amiga se molestó porque no le había dado nada a ella y sí a la competencia. Yo no podía defraudar a una amiga. Y he aquí un tercer libro ya en imprenta.

Y como en el primer libro había un ambiente de mi agrado y un personaje que merecía la pena desarrollar, ya tenemos un cuarto libro en preparación.

Y es así como yo, que siempre había combatido a los autores de literatura infantil, me encuentro en un breve plazo que soy uno de ellos, y dado mi ritmo de trabajo, insospechadamente prolífico.

¿Y cual es mi experiencia ante esta nueva situación? Ya he dicho que el primer libro que escribí nació porque pensé que no me apartaba del mundo creativo que en aquel momento me interesaba. Ahora bien, desde el principio y aún partiendo de este hecho y de que, por tanto, al escribir el cuento no traicionaba mis necesidades expresivas, me enfrenté con una serie de limitaciones.

Por supuesto que todo autor piensa más o menos conscientemente en un hipotético lector cuando escribe, pero no de una manera tan clara y condicionante como debe hacerlo el autor de literatura infantil. Si toda obra literaria supone una expresión personal que se convierte en un mensaje destinado a un receptor, digamos que cuando uno realiza una obra para adultos, no debe tener tan presente al receptor como cuando escribe para niños. O, en otras palabras, que en la literatura infantil prima de tal manera

la función de comunicación que puede condicionar en un sentido limitativo la función de expresión que tiene toda obra literaria.

Y éste es el primer problema que yo –ahora desde mi experiencia de autor– veo en la literatura para niños. Que el autor, en función de las limitaciones reales o imaginarias de su público debe limitar su capacidad expresiva. Y aunque parto de la base de que esa libertad

absoluta del autor literario para expresarse es un mito, como el de todas las libertades absolutas; que el autor siempre piensa en un hipotético público –sea en la masa que hará de sus libros un *best seller*, sea en esos pocos iniciados presentes y futuros que hará de su libro un clásico (y eso sin contar con ese otro condicionante fundamental que es el propio desarrollo histórico de las formas literarias); sin embargo, repito, que ese condicionamiento no es tan rígido como el del autor de literatura infantil que, desde el principio, se ve constreñido a la necesidad de acomodar su expresión a las limitaciones reales o imaginarias de sus destinatarios.

Estas limitaciones empiezan en un primer lugar por el lenguaje. Uno se preocupa de que su léxico no

---

*"(...) no se trataba de cuestionar los contenidos de los mensajes, sino la postura misma que toma esa literatura como un vehículo de adoctrinamiento, que coacciona la libertad del niño y pretende darle medicinas bajo forma de caramelos"*

---

sea demasiado rico, demasiado alejado del todavía limitado bagaje semántico de su joven lector. Hasta la sintaxis es objeto de dudas: lo mejor será el predominio de las oraciones simples, no abusar de la subordinación. Un estilo directo y conciso.

Pero no es esto todo. También el tema. ¿Esta historia resulta apropiada para el niño? ¿No le resultará demasiado árida? Este episodio, ¿no herirá su sensibilidad, no resultará contraproducente? Y es así como uno, que tanto ha clamado contra la censura, se convierte en censor.

Y ya estamos en el doctrinarismo, en el paternalismo didáctico. Ciertamente he huido en mi obra como de la peste de dar en mi libro cualquier mensaje, de cualquier intento de adoctrinamiento. He procurado que sea ante todo algo lúdico, algo cuyo principal valor sea el de entretener y divertir a mis lectores. Pero vuelvo al hecho fundamental. Estamos en planos diferentes. Yo soy un adulto y ellos son los niños. Y si escribo para ellos, lo tengo que hacer desde esta posición de radical desigualdad, con todas sus molestas consecuencias.

En resumen, de mi experiencia como autor infantil, puedo sacar dos conclusiones.

La primera, que yo me he convertido en autor infantil por una exigencia de mercado. Y este hecho personal puedo generalizarlo. Si hoy existe una literatura infantil, si existen autores que escriben para niños de una manera premeditada, es porque existe un mercado. Naturalmente esto no es ninguna novedad. Cualquier expresión artística nace por las necesidades del mercado. Pero al tratarse de este mercado infantil debemos tener en cuenta algunos factores.

En primer lugar el niño para el que se monta este mercado no es algo abstracto y genérico: no es el niño entendido como un universal, sino ese niño específico de la burguesía y pequeña burguesía de las sociedades desarrolladas de occidente. Creo que esto es muy importante, ya que precisamente esta adscripción clasista de los destinatarios va a condicionar, en gran parte, el contenido de los mensajes.

En segundo lugar, si bien el niño es el destinatario de este mercado, lo es de una manera indirecta, ya que quien generalmente adquiere los libros no es el niño, sino el adulto bajo cuya potestad está. Esto hace que la oferta se haga no tanto en función de los intereses del niño, sino de ese intermediario que es quien pone el dinero y quien en último término va en buena parte a fijar las normas de ese mercado. En este sentido, esa otra literatura infantil, la que con

independencia de que naciera para niños o para adultos ha ido el niño haciendo suya a lo largo de la historia, me parece más libre –siempre en términos relativos– y menos susceptible de manipulación.


La segunda consideración marginal ya ha sido ampliamente desarrollada. Es la de la propia autolimitación que impone el escribir para niños, con la consiguiente caída en el paternalismo y dirigismo, que según mi entender, va implícita en toda la literatura infantil.

Bien. Esta es, en resumidas cuentas, la historia de mi encuentro con la literatura infantil y éstas también las consideraciones marginales que se me han ido ocurriendo a lo largo de la exposición de la misma, y que espero darán lugar a algún debate en el coloquio. Únicamente añadiré, para terminar, que cualquiera de ustedes tiene pleno derecho a objetarme que, cómo manteniendo una postura tan contradictoria sobre la literatura infantil, he escrito varias obras para niños.

Le replicaré que, en primer lugar, por una simple cuestión de oferta y demanda. Y en segundo lugar porque yo, como casi todo el mundo, soy plenamente contradictorio.

De todas formas después de este breve periodo de creación para los niños, pienso volver a reanudar mi momentáneamente

interrumpida creación literaria a secas, sin calificativo. No sé si volveré a la literatura infantil. Todo es posible.

El fenómeno del autor dedicado exclusivamente a la literatura infantil es relativamente reciente. Más frecuente ha sido el del autor que, ocasionalmente, ha realizado algún o algunos libros para niños. Entre ellos quiero recordar aquí a Rudyard Kipling. Y es curioso pensar que esa obra que escribió pensando exclusivamente en un público infantil titulada *Precisamente así* esté hoy casi olvidada a pesar de sus excelencias. Sin embargo, alguno de sus cuentos para adultos, como *La litera fantástica* o *El rey de Kafristán*, siguen y seguirán siendo leídos por legiones de adolescentes. Y es que uno lanza la botella al mar, pero nunca sabe a donde llegará el mensaje. 

---

Antonio Martínez Menchén

---

Conferencia dictada en el Tercer Encuentro de Animadores del Libro Infantil, Guadalajara, mayo 1987. Publicado en ATIZA números 21-22, Junio-Septiembre 1987.